

debía embarcar, escogiendo los gefes y la oficialidad, y el estado mayor que se debía llevar, nada olvidaron y descuidaron, sin que yo interviniese en nada, ni alma viviente supieron nada de los preparativos que hacían los dos. Pasaron de esta manera cuatro días, cuando recibí por un soldado de Cataluña una carta del Brigadier Oliva, llamándome á su pabellón con toda urgencia, precisamente á la hora de las doce de la mañana. Eran las once cuando recibí la carta, y contesté por el ordenanza y verbalmente, que estaría en el pabellón á la hora prefijada.

Sin embargo de aquella carta ó invitación, me hizo cosquilla y temía algún funesto contratiempo; me puse á almorzar y concluido de acicalarme pasé al Pabellón, y cuál fué mi sorpresa al ver acompañado del Brigadier al Capitan General. Cerramos la puerta y pasamos al gabinete aislado. Me dijo Vives: «muchos días hace que no nos hemos visto; no los hemos desaprovechado La Oliva y yo: todo está corriente, no hay más que comunicar las órdenes, embarcar los víveres y la tropa de noche. Sólo tropezamos en una dificultad. Median enemistades de mal género entre Laborde y La Oliva, y no me atrevo á iniciarle en el secreto á Laborde, sino en el momento preciso, y por esto quisiera que V. pasase á ver á Laborde con carta mía. ¿Le conoce V?» «En mi vida le he visto.» «Pues se va V. á verle, le inicia en el secreto de los trabajos que hemos traído los dos entre manos, sobre asuntos de Méjico, y el estado de los negocios que acaban de decidirme porque se efectuó una expedición limitada á ocupar el Castillo de San Juan de Ulúa y Veracruz, pero no le diga V. que el comandante de las tropas de tierra, será el Brigadier La Oliva.»

«Me conformo en ver y conferenciar con D. Angel Laborde.» Me despedí del Sr. Vives y La Oliva.

Seguidamente, pasé á verme con el Sr. Laborde, le entraron el recado diciendo que había un sugeto que traía una carta del Exmo. Señor Capitan General, que debía entregarla en manos propias del General de Marina. Al instante me mandó entrar. Estaba rodeado al parecer, de Gefes y Oficiales de Marina. Me preguntó: «¿qué tenía que mandarle?» «Me precisa hablar reservadamente con V. E., y si estuviere ocupado, esperaré en la antesala á que se desocupe, para que pueda hablarle á V. á solas.» «No,» dijo, y dirigiéndose á los

Caballeros que estaban en el despacho: «tendrán Ustedes la bondad de dejarme á solas con el señor, que me lo recomienda el Capitan General, para asuntos del servicio.»

Cerró la puerta del despacho y me ofreció una silla inmediata á su mesa y sillón. Me preguntó, algo bruscamente: «¿Quién es V.?» «Soy un español procedente de Méjico, fué mi respuesta, y continué: traigo planes de la mayor importancia para la reconquista del Castillo de San Juan de Ulúa,» y le espliqué el pormenor de ellos, leyéndole las cartas que había recibido por el último paquete. «Eso es muy importante, me dijo Laborde, y merece toda consideración. ¿Y qué ha determinado el Capitan General?» «Realizar la expedición y he aquí el plan que he estendido de las operaciones que conviene ejecutar,» y le saqué de mi cartera el pliego que había estendido. Lo leyó el comandante general con el debido detenimiento, y lo volvió á leer. Se puso muy pensativo, y debolviéndome el papel, me preguntó si era militar, y le respondí que lo había sido, pero que actualmente era paisano. «Este negocio es el más importante de cuantos ha habido en esta Capitanía General, y está en sazón por lo que he oído á V. y leído en esos papeles que me ha enseñado V. El general nada me ha hablado en lo particular.» «Lo creo así, porque sólo bajo esta condición me he prestado á trabajar y dirigir esta conjuración, no habiendo estado en el secreto más que S. E. y yo, en estos cuatro meses que estoy ocupado de la operación. Estando ya en sazón, y tratándose de su ejecución, me ha mandado el General que me presente á V. E. y le inicie el secreto de los pormenores del plan. El éxito y buen resultado de él, dependen del rápido embarque de las tropas á bordo de los buques de guerra y presentarnos al frente de San Juan de Ulúa; todo lo demás lo habrá visto V. E. en el plan de operaciones.» «Ya, ya lo he visto. ¿Y V. cree que el General no ha iniciado en el secreto á ninguno antes que á mí?» «Así lo creo, Exmo. Señor.» «Corriente, diga V. al General, que quedo enterado y acorde en un todo, y que á las nueve de la noche me espere en su Palacio.» Despues de dos horas y media de encerrona, me hizo una afectuosa despedida y me salió de su despacho. Al pasar de la antesala, encontré sentados en dos sofás á los mismos sugetos que habían salido de la Cámara del General de Marina á mi llegada, y otros muchos oficiales de uniforme. Los saludé muy cortesmente y salí á la calle.



Eran las cinco de la tarde, y sin embargo de hora tan in-tempestiva, corrí á Palacio en una volante, y encontré á Vives solo en su despacho, que se paseaba, teniendo en su mano unos papeles. Tan pronto como me vió, me preguntó: «¿ha visto V. á Laborde?» «Si señor, vengo de su casa.» «¿Cómo lo ha recibido á V?» «Me ha recibido muy bien, y aunque había varios caballeros de levita, que me parecieron oficiales de marina, les ha mandado que salgan á otra cámara, mientras despachaba un negocio urgente del Capitan General. Le he enterado de todos los pormenores, le he leído las comunicaciones de Veracruz, el último paquete inglés, y le he hecho leer el plan de operaciones, que lo ha leído y ree leído y debuelto. Ha quedado admirado y me ha dicho que es el negocio de mayor importancia que se ha presentado en esta Capitanía General, y que extrañaba que el Capitan General no le hubiese hablado del particular antes de ahora. Le he satisfecho, asegurándole que la condicion espresa que impuse para trabajar en este plan de conjuración, era que nadie, absolutamente á nadie debía iniciarle en el secreto, hasta que estuviese en sazón, y me ha preguntado (y creo que con toda malicia), si creía yo que á nadie le hubiese hecho confidencia antes que á él, y respondí que así lo creía firmemente, ha quedado satisfecho de mi respuesta, y en venir esta noche á las nueve para conferenciar con V. E.: sobre todo de tan grave como interesante negocio.» «Mal me huele esta última pregunta, me dijo Vives, que embuelbe mucha suspicacia de su parte. En fin, hablaremos. Vaya Vd. al instante á verse con La Oliva, y entérole Vd. del negocio y del resultado de esta conferencia, y dígame V. de mi parte que no venga esta noche á Palacio, como había acordado ayer.»

Fuí al pabellón de La Oliva y lo encontré á mesa puesta, que iba á sentarse en compañía de una señora, que por lo que supe despues, era su Dama, en cuya compañía vivía.

Luego que me vió el Brigadier, me dijo: «llega V. á tiempo, supongo no habrá V. comido, y mandó al mayordomo que pusiera un cubierto y una silla á su lado. Comimos bien, hablamos de cosas indiferentes, hizo servirnos el café en el gabinete interior, despachó á los criados, cerró la puerta y quedamos solos.

«Y bien, me dijo: ¿ha visto V. al marino? Respondí que sí. Le conté el pormenor de la conferencia y la que había te-

nido luego con Vives, á quien pareció muy suspicaz la pregunta que me hizo Laborde, que sin duda quiere descubrir y saber si el general había puesto en el secreto á La Oliva, antes que á él. Mi negativa le había tranquilizado.» «El Capitan General no va descaminado, me repuso La Oliva, en su sospecha, al fin veremos el resultado.»

Le dije á La Oliva: «Laborde ha quedado en ir esta noche á Palacio, y el Capitan General me ha encargado diga á Vd. que suspenda su ida por esta noche, como tienen concertado, á fin de que no se encuentren Vdes juntos.» «Así lo haré, mas veo que los marinos nos desconciertan el plan.»

Dos días estuve sin ir á ver al General y á La Oliva. Al tercer día me encontré con un billete del Sr. Gómez, citándome para la hora de las tres, á la Calzada de San Lázaro. Tomé, á la hora conveniente, una volante y fuí puntualmente á la citada. Me encontré con el General, que me esperaba. Pasamos al pabellón y me contó la entrevista que había tenido con Laborde, que le encontró entusiasmado con el proyecto de Veracruz, y más todavía, con el plan de operaciones.» Que hizo fuerte empeño por saber quién era Vd. y su procedencia, pero Vives se negó á satisfacer sus deseos.»

«Me dijo que se iba á ocupar seriamente de los preparativos de los barcos y formacion de los soldados para la tropa, y además necesitaba alquilar dos fragatas grandes españolas para cargar los biveres, la artillería, los caballos y municiones, y en las que fuesen desahogadamente 500 ó 600 hombres. En cuanto al mando [de las tropas de tierra, me preguntó «¿quién sería el que las mandase?» y de este silencio de parte de Laborde, había formado el mejor agiiero, y estaba satisfecho que todo se haría favorablemente. Vives esperaba que estuviesen listos los barcos dentro de ocho días; que el noveno se embarcarían en los buques de guerra las municiones y cañones, y el resto de los biveres y gentes se haría en las dos fragatas mercantes, y en la noche del mismo día toda la tropa, y al amanecer se haría la escuadra á la vela, cerrando por cinco días todos los puertos de la Isla por la parte del golfo mexicano, impidiendo la salida de buques á la mar.

Me preguntó si me ocurría hacerle alguna observacion. Le contesté que sólo tenía que hacerle observar, que los zambos de costa firme necesitarían embarcar doscientas lanzas é igual número de monturas. «Tengo en los almacenes, me res-



pondió, 600 lanzas y mayor número de monturas, y á la vispera se tratará de su embarque. Los zambos están en Matanzas, Puerto Príncipe y Villaclara, y se van á comunicar las órdenes para que se reúnan todos en Guanabacoa, con un batallón que debe venir del interior.»

Antes de separarnos, me dió la orden de que no saliera de la ciudad, porque de un momento á otro me necesitaria; y que con este antecedente, saliera lo ménos posible de la fonda. Vives montó en su quitrín y yo en mi volante de alquiler, y nos encaminamos á la ciudad.

Me metí en mi posada y rara vez salía de ella, y cuando lo hacía, era para dar un paseo por el muelle, que estaba inmediato.

Hasta que seis días despues recibí un billete del mismo general, llamándome á su Palacio á las ocho de la noche sin falta.

Concurrí á la hora citada, y encontré al Sr. Vives en su despacho, agitado y demudado de color. Le di las buenas noches, y su contestacion fué: «siéntese V., Aviraneta, y prosiguió: con arto sentimiento de mi corazón, tengo que participar á V. que todas nuestras esperanzas y buenos deseos se han desvanecido, todo se ha echado á perder y frustrado nuestros planes. A las 12 he reunido á consejo á Laborde y al General Miranda Cabezon como segundo cabo, para tratar del embarque de las tropas pasado mañana por la noche, y todos conformes en todo y de comun acuerdo, se iba á levantar la sesion, y puestos en pie, incidentalmente preguntó Laborde: «¿quién es en fin el Comandante General elegido para mandar las tropas de desembarco y de operaciones en tierra?» Respondí «que todavía no estaba nombrado, pero que pensaba elegir al Brigadier La Oliva, Coronel del Regimiento de Cataluña, que era uno de los cuerpos que debian componer la espedicion.» Laborde quedó inmutado. Repuesto algun tanto, dijo: «la Ordenanza me prohíbe embarcar tropas á bordo de «los buques de Guerra, y no quiero cargar con esta responsabilidad. La obligacion de la marina Real, es la de comboyar «los transportes en que navegue la tropa, y defenderla contra «los ataques ó amagos del enemigo. Puede V. E. hacer preparar buques mercantes y los alojamientos para las tropas «en los mismos, y yo estoy obligado, segun mi deber, el escoltar el comboy con los buques de guerra que considere ne-

«cesarios.» En bano le hice observaciones justas y beneficiosas al Real servicio, obligándome á nombrar para el mando de la espedicion, al General Miranda Cabezon. Laborde contestó: «que no lo hacia por contradecir el pensamiento de nombrar al Brigadier La Oliva, sino por no barrenar la ordenanza «de Marina.» Insistí en mis deseos de que Miranda Cabezon mandase la espedicion y que yo cargaba con la responsabilidad, á cuyo efecto le comunicaria las órdenes por escrito: todo fué en bano, se aferró en sus artículos de la ordenanza, y se disolvió en tal estado la Junta, y es probable que ahora se dibulgue lo que hasta aquí ha sido un secreto. Tengo que comunicar contra-órdenes á todos los cuerpos y partidas sueltas, á quienes he mandado acercarse á la Capital y á los provehedores de víveres; rescindo el contrato celebrado con las dos fragatas mercantes.»

«Es negocio concluido, mi general, la insurreccion triunfa, no hay otro remedio más que callar, y esperar otra coyuntura.» «Tengo que pedir á V. un favor, me dijo el general, y es que se vaya ahora mismo á verse con el Brigadier La Oliva, y le haga tragar esa pildora lo más suavemente que pueda.»

A las nueve de la noche, me encaminé al Pabellon de Coronel del Regimiento de Cataluña, y la Señora de gobierno me informó que no estaba en casa, y me añadió que si tenia precision de verle, habia dejado encargo de avisarle: «está aquí cerca, en casa del teniente coronel del cuerpo, jugando el tresillo. Llamó á un ordenanza y le dió un recado al oído. Al instante vino el Brigadier y entramos en el gabinete interior. Le espliqué mi mision de la manera más suave. Causole mucha sensacion y le sosegué como pude. «La cosa no tiene remedio, ese marino ha tocado la tecla más sensible y á desbaratado la empresa,» me dijo La Oliva, saltándole casi las lágrimas, y lleno de ira. Me retiré dándole las buenas noches. Este fin tubo la proyectada espedicion sobre Veracruz y el castillo de San Juan de Ulúa.

Esto sucedió á fines de Octubre de 1828. Por aquel tiempo se hallaba en la Habana, el Brigadier D. Isidro Barradas, que hacia frecuentes viajes de la Peninsula á aquella Isla, y vice versa, sin que se atinase ni supiese el objeto misterioso de tan frecuentes viages. Estaba para salir en aquellos momentos para España, y un amigo mio D. Juan Flores, coronel de uno de los regimientos que guarne-



ver á mis dos amigos! Les abracé, pero no pude ofrecerles asiento, y adivinando Uribe mi confusion, nos invitó á bajar á su sala, donde se sentaron el P. Bringas é Irigóyen. Este tomó la palabra y dirigiéndose á mi. «¿Está V. loco, amigo mio, pues no puedo graduarlo de otra manera, al hombre que abandona las comodidades y regalo de una fonda, para venir habitar un cuarto fabricado para dormir los esclavos? Y V. Sr. Capitan ¿Cómo ha consetido V. en esto? ¿no sabe V. por ventura que el Señor es Español, aunque ignore V. sus circunstancias?» Avergonzado el Sr. Uribe, de tan brusca interpelacion contestó, que me habia recibido en clase de huésped, y que comia á su mesa, y me habia dado el único cuarto vacante que tenia en su casa. Que sabia la persona que tenia en ella, con motivo de que el Coronel del Cuerpo, por encargo del Sr. Capitan, se habia informado del modo de vivir del huésped y que le recomendó mucho de que me tratase con toda consideracion. Que de resultas de esta indicacion, me habia hablado para que me mudase de habitacion, pero que yo me habia resistido en razon de las luces y la tranquilidad que tenia el cuarto inmediano al Tejado. Quanto á dicho el Sr. Uribe, dige, es la pura verdad, y se mudó de conversacion.

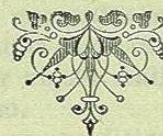
Irigóyen le preguntó á Uribe si era Navarro, y le respondió que era del Valle de Bastán y le citó el nombre del pueblo y creio de Santi-Estéban. «Luego somos bautizados en una misma pila. ¡Qué barbaridad!» El Capitan tenia 66 años é Irigóyen 35, no se conocieron en el pueblo, porque Uribe salió muy jóven á servir al Rey, pero se reconocieron por las familias, aunque Uribe habia nacido en una barda.

La conversacion fué muy entretenida, y al despedirse de mí los dos amigos, insistió Irigóyen que debia volver á la fonda y me resistí resueltamente á complacerle; y para que no tomase mi resistencia por un desprecio, le prometí ir á comer en su compañía todos los jueves y domingos. Se despidieron cariñosamente de mí, y al hacerlo Irigóyen de Uribe, le dijo: «paisano, cuide V. mucho al señor, porque nos importa su vida.»

Llevando una vida oscura y sin mezclarme en lo más mínimo de las cosas públicas, pasé los meses de Noviembre y Diciembre de 1828, y los meses de Enero, Febrero, Marzo, Abril y Mayo de 1829: cuando el 2 de Junio del propio año,

apareció el correo de la Peninsula y en él el Brigadier D. Isidro Barradas con una Real orden para preparar una expedición que titularan de Vanguardia de un ejército, en el nombre que debia acometer la difícil quanto peligrosa reconquista del Reyno de Méjico.

Expedicion del Brigadier  
**Don ISIDRO BARRADAS**  
 SOBRE DE MEXICO



Me encontré en el momento de la salida el 2 de Junio de 1829, cuando me hallaba en la fonda, y me despidieron el Brigadier D. Isidro Barradas con una Real orden para preparar una expedición que titularan de Vanguardia de un ejército, en el nombre que debia acometer la difícil quanto peligrosa reconquista del Reyno de Méjico.

Después para mi tenencia en el punto, me fui á mi casa, y me quedé en ella hasta el día 10 de Junio, cuando me despedí de mi familia y me fui á la fonda.

Pasó á pasar mi vacante á la Plaza Vieja y subí á mi casa, y me quedé en ella hasta el día 10 de Junio, cuando me despedí de mi familia y me fui á la fonda.

Después para mi tenencia en el punto, me fui á mi casa, y me quedé en ella hasta el día 10 de Junio, cuando me despedí de mi familia y me fui á la fonda.